

Las residencias acarician la inmunidad

«Algún día volveremos a la normalidad, pero ahora no vamos a bajar la guardia»

► Mayores y trabajadores reciben estas semanas la segunda dosis de la vacuna, pero las visitas familiares aún están limitadas y controladas

HELENA CORTÉS
MADRID

Dentro de la preocupación y el desasosiego general, en las residencias de mayores, tristemente castigadas en la primera ola, viven esta tercera embestida del virus con más tranquilidad. A finales de febrero, cuando las patronales esperan que se complete el proceso de vacunación, se convertirán en los entornos más seguros frente al Covid. Sin embargo, por ahora nadie se relaja. «No vamos a bajar la guardia. Algún día llegaremos a la normalidad, pero de momento seguimos como siempre, como si tuviéramos Covid-19», cuenta Paula Huertas, directora del centro DomusVI Magán de Torrejón de la Calzada (Madrid).

En este centro ya se han vacunado casi el 100% de los residentes y el 95% de sus más de cincuenta trabajadores, explica su responsable. Aunque lo que más echan de menos todos es que los mayores tengan más contacto social y poder trabajar en grupos más grandes, de momento las visitas y salidas están limitadas. «Hasta verano estuvimos aislados, después empezamos a tener dos visitas a la semana y ahora mismo, pese a estar vacunados, los familiares vienen una vez cada siete días. Pueden sacarles al exterior por las intermediaciones del centro, no llevárselos a casa como sí se permitió en Navidad», apunta Huertas. «La mayoría de nuestros mayores son dependientes. Pero los que sí pueden salir tienen miedo y ya se han acostumbrado a nuestra burbuja», añade la directora.

También los familiares se han habituado a estos encuentros controlados: registro de visitas, toma de temperatura, mascarillas, una sola persona por residente, distancia social y una hora de compañía. Antes, la residencia estaba siempre llena. Aún hoy, los besos y abrazos de los nietos tendrán que es-

perar. «Restringsieron las visitas antes del estado de alarma, y a mí me pareció correcto. Claro que echo de menos ver más a mi madre, pero me resigno porque sé que lo primero es su salud», admite el hijo de Rosario, otra residente octogenaria. La demencia le evita, en parte, sufrir la ausencia. «En el confinamiento teníamos las videollamadas, mi madre cogía el móvil y le daba besos», recuerda. «Madre, te suben ya, tírame un beso», añade desde el otro lado de la mesa de visitas. Las despedidas siempre cuestan. Y si no, que se lo digan a Jesús, que deja a los suyos con lágrimas en los ojos y agarra fuerte la mano de la auxiliar que lo acompaña.

Aunque en verano disfrutaban de las visitas en el jardín, el frío invierno les obliga a organizarlas en una sala interior ventilada. En cada turno, toca desinfectar todo de nuevo para recibir a otros familiares. A la hora de comer, las mesas también están limitadas a dos comensales. Con los mismos grupos reducidos organizan todas las actividades del centro, desde el cine y el bingo hasta las terapias, que han tratado de mantener, aunque no puedan hacerlas actualmente al ritmo de la antigua normalidad. «Intentamos subir las actividades al blog y así los familiares están

más al tanto de lo que hacemos cada día», señala el equipo.

Por el bien común

Los test de antígenos, para cribados semanales y para controlar la vuelta a la residencia tras los permisos navideños, se han convertido también en una herramienta cotidiana. Aunque Carmen, con casi 90 años, podría haber pasado las fiestas con sus hijos, decidió quedarse en el centro, donde ha aprendido «a convivir» y «a conversar con esas personitas que no están bien y no saben lo que dicen». Ella dice que no sabe tanto como los jóvenes, pero acumula la sabiduría que le da la experiencia. Su familia le recuerda «la suerte loca» que

tienen ellos, los primeros vacunados. «Si yo estuviera en mi casa igual no me habría pinchado, porque yo quería que la vacuna estuviera un poco más experimentada. Pero al estar en un sitio como este, tengo que protegerme, porque no puede ser que me dé el virus y lo pegue. Nos tenemos que vacunar todos, nos guste o no, por el bien de los que nos rodean», reivindica Carmen.

Tensión diaria

A residentes y trabajadores les cuesta mucho menos mirar hacia el futuro que recordar los aciagos días de marzo. «A eso no vamos a volver, porque hemos aprendido y estamos haciendo las cosas bien», reivindica Huertas. «En el pico de la pandemia, cuando llegaba a casa era como una apestada. Yo vivo con mi marido y mi hijo, que también es de riesgo porque trabaja en una residencia, y estuve meses durmiendo sola. No quería llevar el virus allí, ni mucho menos traerlo aquí», rememora la directora. Aunque ellos tuvieron «poquísimas» bajas, le dolía ver los informativos que hablaban del desastre de las residen-

cias. Ahora, su uniforme es la mascarilla, pero en la primera ola, cuando recuperaron el suministro de material, no se quitaban sus equipos de protección individual. «Eso de llegar a casa y dar un beso a los tuyos no existió para nosotras durante mucho tiempo. Y cuando se tienen niños pequeños, como yo, es duro. Hemos tenido mucha ansiedad, yo lo he pasado mal, pero bueno, somos fuertes», plantea emocionada Mayka Balmón, supervisora del centro.

La esperanza está puesta en la vacunación, que avanza a un ritmo distinto en función de cada comunidad autónoma, su estrategia y los brotes que surgen en medio del proceso. Patronales como Aeste (Asociación de Empresas de Servicios para la Dependencia) indican que «se prevé empezar a recuperar el día a día de forma muy progresiva» cuando todos estén inmunizados. «Volver a lo de antes costará, porque no sabemos cuánto dura la inmunidad. Todos estamos aprendiendo», concluye Pilar Ramos, presidenta de la Asociación Madrileña de Atención a la Dependencia (Amade).



CARMEN
RESIDENTE

«Si vives en un centro tienes que vacunarte. No puede ser que se lo pegues a otros por haberte negado»



Durante las visitas, los residentes pueden pasear sin alejarse del centro